

14

COLECCIÓN
Pio Tamayo

Julio Jauregui

Un **CONEJO**
en el **DIVAN**
Cuentos breves



Fondo Editorial Ipasme

COMANDANTE HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS (†)
LÍDER SUPREMO DE LA REVOLUCIÓN

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Lic. Jorge Arreaza

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Lic. Silfredo Zambrano

Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas

Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Diógenes Carrillo

Presidente



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME



14

COLECCIÓN
Pio Tamayo

Un **CONEJO**
en el **DIVAN**
Cuentos breves



Fondo Editorial Ipasme

UN CONEJO EN EL DIVÁN

Julio Jauregui

Deposito Legal: lf65120138001498

ISBN: 978-980-401-178-8

Diseño gráfico: Mariano Rosas

Producción: Luis Durán

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina
(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, Republica Bolivariana de Venezuela.

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: 0058.212.6335330

Fax: 0058.212.6329765

Mandonio

Mandonio es un hombre extraño. Nadie sabe cuándo nació ni por qué lleva los pies al revés. Escribe en el aire como pájaro. Pero lo más extraño es que no retoña lo que siembra. Sale otra cosa. Si fabrica unas maracas, le sale un cuatro. Si empieza una pared termina haciendo una escalera. Las piedras crecen entre sus manos.

A Doña Matilde le preparó una bebida para la fiebre pero a la pobre le salieron pelos en la frente. Los espantos esconden en los porrones. Así su casa se fue transformando y también el pueblo.

A veces hace milagros. El manco Anacleto salió corriendo y feliz. En cambio a Casimiro, con una simple agua de yanten, le salieron aletas bajo los brazos y se fue arrastrando hasta el río y se ahogó. A veces el viento dice cosas.

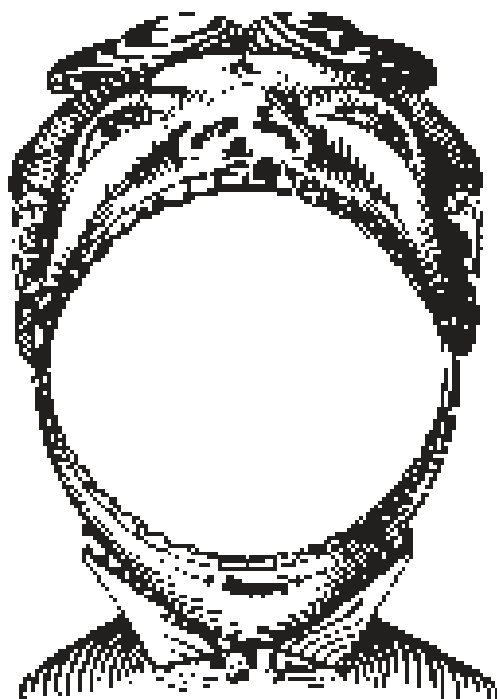
Imperceptiblemente, fue transformando el pueblo. Los árboles les crecen en la sala y en la cocina. A la gente le gusta vivir sobre los puentes de flores que cruzan el pueblo. Las puertas no dan a ninguna parte. Las frutas crecen en las alturas, inalcanzables. Algunas casas se arrastran. La gente no trabaja.

Hay comida por todas partes. Hasta en los techos.

Las gallinas son enormes y sus huevos sirven para alimentar durante un mes. El pueblo crece como un pulpo. Las calles son de agua, cruzan el río y taladran las montañas. Mandonio no sabe qué hacer.

Su casa se ha cubierto de plumas, abre sus cuatro pares de alas y emprende el vuelo por sobre los techos. Los loros no regresaron.

Cuando Mandonio golpea la tierra, de cada hoyuelo nace un manantial. Los niños y los zamuros vienen a lavarse los pies. La gente es feliz, se quedan quietos como en una foto. Sueñan, comen y quedan suspendidos cogiendo vuelo poco a poco. La vida resuelta sin una grieta. Y Mandonio al frente de los humildes.



La praxis

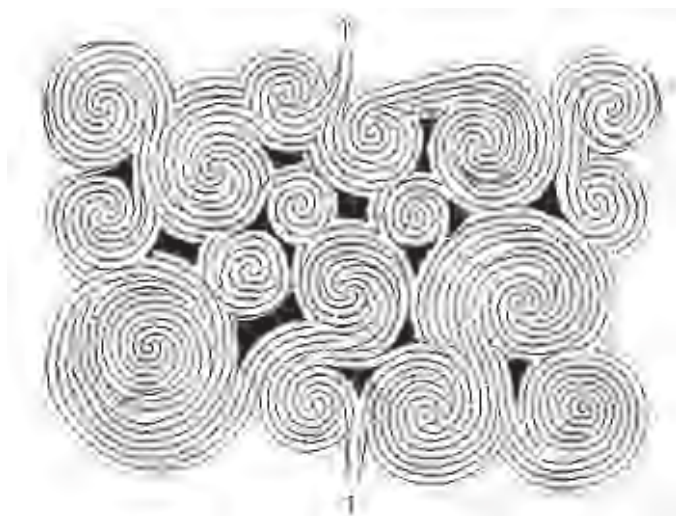
Carlos era un novelista estrictamente apegado al realismo vivencial. “Hay que escribir desde su propia vida”, repetía incansablemente. De espaldas contra la sed. La autenticidad pasa primero por la sangre. La clave de los límites.

Antes de escribir su novela *Huellas en la jungla*, realizó varios safaris en África y participó en diversas cacerías de gran peligrosidad. Esa incesante búsqueda. Páginas con olor de pólvora.

Después de haber sido voluntario en la guerra de los Lagos Oscuros, escribió *Deshonor en la trinchera*. Un juego contra la muerte.

También fue torero antes de escribir *La última Verónica*. Siempre lo persiguió el vértigo de la verdad. Mirar la fiera en los ojos.

Esta vez, el personaje de la novela era un asaltante de banco. El gran reto. Escapan de la trampa. Pero la novela quedó inconclusa: *El rostro del laberinto*.



Sin tapa

Al finalizar esa larga hilera de casas antiguas, el hombre se detuvo. Sentí en sus piernas una corriente desvanecida. Su propia conformidad. Seguramente se detuvo para descansar. Me lo imaginé sudoroso bajo su traje gris, su corbata negra y su largo bigote caído a los lados de la boca. La desnudez sobre la tierra.

Probablemente observa el desorden de la calle, temeroso de cualquier movimiento que pudiera demoler su equilibrio. Una sombra de aventura. No es fácil caminar con una urna sobre el hombro. Se necesita un perfecto sentido del centro de la balanza.

No sé cuánto tiempo se detuvo como el símbolo de un último viaje, allí, detenido con su urna sin tapa, como un largo pájaro oscuro. Sin reloj para escapar del mundo.

Es muy refrescante una urna sin tapa. Se puede ver el cielo arrastrando nubes y hojas amarillas. La gratuidad del viejito. Ya me he acostumbrado a esta rigidez. He perdido peso. Itinerario variado. Es como si estuviera flotando sobre la espalda de ese hombre, viendo los pájaros que se deslizan con su limpieza de cuchillo bien afilado. Bella naturaleza.



Fortex

Desde luego la diferencia es fácil de notar. Apenas usted echa una pequeña cantidad de Fortex, inmediatamente el agua se aclara. Fortex, gracias a dos enzimas angiomas de gran potencia lipolítica, corta la grasa y las moléculas de suciedad de manera que la tela abre sus poros al agua y a la acción devastadora de limpieza de la Fortilina. El ingenio humano resplandeciente.

Porque la segunda etapa de acción aniquiladora sobre el sucio, la realiza Fortex a través de la Fortilina. En la copa del tiempo. ¿Y qué es la Fortilina, mi querida señora? La Fortilina es una combinación química de seis factores propiónicos y cinco protamínicos que se encargan de aniquilar las bacterias y los cuerpos cetónicos de la suciedad. La pasión abre las ventanas. ¡No hay marcha que resista a la Fortilina! Por eso, Fortex es un producto que revoluciona toda la gama de detergentes y jabones comunes en el mercado. La revolución en el horizonte. Fortex es la tranquilidad de las amas de casa. Una emanación sin ruidos. Fortex es una etapa cumplida en la lucha por la liberación femenina. Un deseo inalcanzable. ¡Fortex es un salto al futuro!

—Pernía, tómame tu pastilla y no hables tanto o te vamos a tener que encerrar de nuevo.



FORTEX

ES EL

JABÓN

más recomendable por sus excepcionales condiciones curativas, al mismo tiempo que por su suavidad y exquisito perfume. Especialmente indicado para el baño y la toilette; evita y cura todas las molestias y enfermedades de la piel: eczemas, granos, escoriaciones, etc.

* * *

En todas las Farmacias y Perfumerías

* * *

DEPÓSITO GENERAL:

Carlos Calvo (antes Europa) 3058

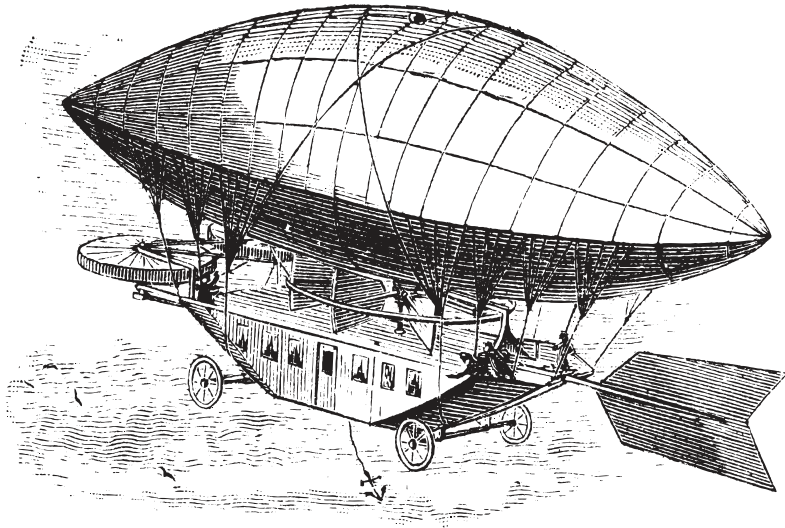
El descenso

Todo fue tan rápido. Una forma de la imposibilidad. El carro se deslizó, la curva abrió las alas y todo el conjunto cayó blandamente desde lo alto del farallón. El espacio y su avidez. El mar nos recibió responsable y acogedor. El tiempo detenido.

Cuando desperté ya era demasiado tarde. La incógnita de la vida. El aire era de agua vibrátil. El beso del mar. La luz tenía visos de arcoíris. Pequeños ruidos y burbujas. Un silencio reconfortante nos envolvía en el vehículo. Ese resplandor del cielo.

Puede asomarse a la ventanilla cerrada y comprendí que era necesario aceptar una nueva condición, la de ahogado. El agua bendice la tierra. Sonreí mientras un hermoso pez azulado se asomaba al parabrisas. Se detuvo la ruleta del tiempo.

Había alcanzado una felicidad ineludible. En la copa de la existencia. Finalmente, me habían aceptado en el reino de los corales.



Suicidios

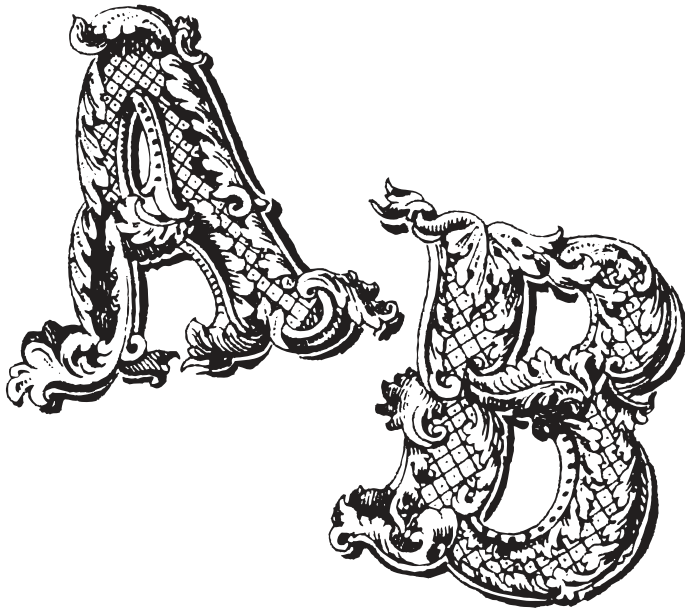
A siempre había experimentado un odio oscuro y confuso hacía B. un sendero desierto. B, por su lado, sentía que todas las fuerzas más abyectas y sangrientas de la naturaleza lo llevaban a luchar contra A. Eran dos seres recorridos por las aguas más oscuras y encontradas. Los horizontes del odio.

Vivían maquinando infamias y planes venenosos para destruirse mutuamente. Las llamas infernales. Pero la astucia y premonición de ambos los protegía, día a día, y devolvía las dagas a su lugar de origen. Siempre respondía el silencio.

Finalmente, A llegó a un plan extremo: Decidió suicidarse bajo una trama de indicios y pruebas tan perfectas, que pareciera un crimen ejecutado por B. Esa tempestad interior. Bien valía la pena morir con el inmenso placer de haber hundido definitivamente a su enemigo. La muerte como un tesoro.

Pero resulta que B había planificado cuidadosamente una estratagema similar. Los vientos del misterio.

La Policía Técnica nunca pudo explicarse cómo pudieron entremetarse dos personas que, ese mismo día, a esa misma hora, vivían en ciudades tan distantes. Incandescente incógnita.



La promesa

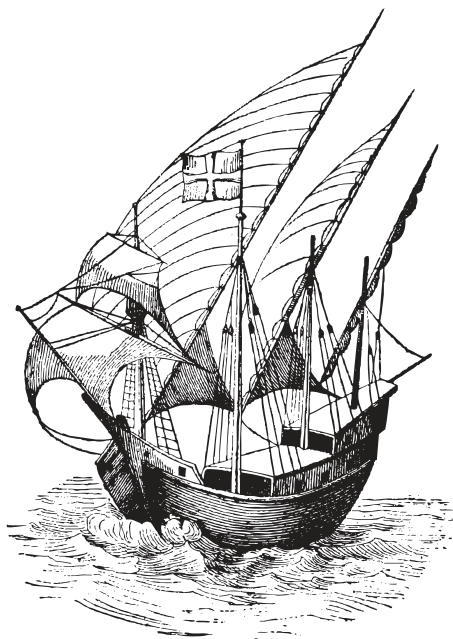
Pedroza era uno de los pescadores más viejo del Morro de Puerto Santo. Un cuerpo de arrugas y de redes. Sin embargo, aún se empeñaba en salir a pescar. Aunque fuera débil la cacería. Los caminos insistentes del mar. Pero cada día pescaba menos. La amargura en la red.

Ese día, había agotado todos los gestos. La red permanecía vacía. Era doloroso. Entonces se fijó en una onda plateada que daba vueltas alrededor de su barca. El brillo furtivo de los peces. La mirada curiosa de las hembras. Un misterio a su alrededor.

Era una sirena que, repentinamente, se asomó y le dijo:

- Ya estás muy viejo Pedroza. Debes retirarte. Hace mucho tiempo que te espero. Tu puesto está aquí, en el fondo del mar, como todos los viejos pescadores.
- Todavía no – Le replicó Pedroza – Me quedan fuerzas.
- Está bien. Te voy a dar un plazo de un año. Volverás a pescar como en tus buenos tiempos. Al finalizar ese plazo, me acompañaras.

- ¿Y qué vas hacer, abuelito, ya se ha cumplido el año?
- Se me quitaron las ganas de pescar. Ese necesario descansar. Me quedaré en tierra.



El león

Hay un viejo león con los lentes caídos sobre la nariz. Intenta prender la motoneta. El descenso voluntario del esfuerzo. Esta no responde. La derrota en las patas.

El león mira de lado como pidiendo ayuda. En la zona del desespero. La melena se le agita como si fuera de algodón. A lo mejor un disfraz, una máscara de carnaval. Inútil búsqueda. No importa, es un león simpático.

Sigue el pedaleo como reafirmando cierta dignidad. Finalmente, la moto prende, echa humo y el león se monta apartando su larga cola. Conjuró cualquier maleficio.

Ahora tiene un semblante de triunfo. No valen las advertencias. Arranca lentamente, muy feliz. Ha vencido. Es un bello león paseando en motoneta.



La niña mística

Conozco tu olor a níspero que inunda nuestra casa.

Sobre la arena de la playa, conocí la rosa blanca de tu vientre.
Una frontera inalcanzable.

En lo alto de la montaña, encontré al poeta. Juntos, recorrimos los escondites de los pájaros. La sorpresa de los espectros. Una noche de delgada lluvia, le hablé de ti. Recordé tu mirada transparente, tus árboles frutales flotando entre mis dedos. El juego del amor. Él no comprendió mi locura, no me entendió. Huyó, en el medio de la noche.

Entonces, emprendí el camino de las oscuras galerías. Posé mis manos nuevamente sobre las tallas de piedra. Me adentré en las aguas de los manantiales. Me perdí en la turbulencia de los bosques.

Finalmente, un oscuro jueves, entré al pueblo prometido arrastrando mi cansancio y mis harapos. Me mantenía totalmente vivo en mi sacrificio. Las humildes casas conservaban nuestro recuerdo adherido a sus paredes. Un rostro feliz.

Un cortejo de viejos me acompañó, paso a paso, como una lenta procesión jubilosa. Sus manos fueron limpiando mi cuerpo hasta dejarme desnudo y transparente. Mi corazón con una sola sed. Mi pensamiento puesto en ti, me mantenía flotando sobre el camino.

Al llegar al centro de la plaza, en el medio de un arco de hierbas y flores, volví a encontrarme con la rosa blanca de tu vientre. La pureza del tiempo.



La cima

Era un experto alpinista pero además, era un hombre muy terco. Un clavo resistente.

Existía en el país el pico de Gabaldón, en cuyo ascenso habían fracasado las mejores expediciones nacionales y extranjeras. Un reto de precipicios y cristales. Los espectros del miedo. Una lanza impune.

Nuestro hombre decidió escalarlo. Enfrentar todos los desafiados. Ese no era un caballo que él no pudiera domar. La felicidad de la ventura riesgosa.

La preparación fue minuciosa y ordenada. Una verdadera preparación para un combate.

El ascenso, indudablemente, presentó dificultades inusitadas. Un hilo de peligro constante. El sepulcro bajo los clavos pero nada de devolverse.

Al fin, sobreponiéndose a todas las adversidades, alcanzó la cima de la inexplorada montaña. Un círculo feliz para morir. Un concierto cerca de las nubes.

Erguido en la cima permaneció con el pecho reluciente como un príncipe victorioso. Había dominado las aristas del riesgo. Pero cuando decidió el regreso, se trastocaron todas las vías y no pudo bajar. Quedó atrapado en el marco de su propia piel.



Benefactor

El doctor Gumersindo Arnal, Presidente de la Sociedad de Animales, tenía en su casa un sótano secreto. El crucifijo y la sangre. Allí mantenía una gran variedad de animales a los que sometía a las más crueles torturas. El exilio de dolor.

Cuando el doctor Gumersindo Arnal murió, el pueblo le levantó una estatua y la Sociedad Protectora de Animales decidió llevar su nombre para honrar su recuerdo. Un mundo a oscuras donde premiaron el juego de la muerte.



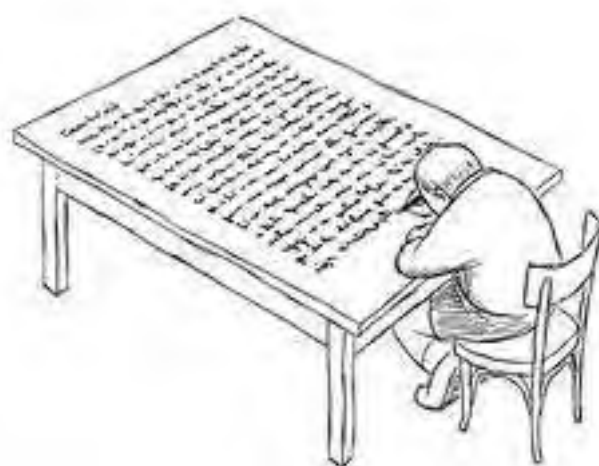
El premio

A pesar de haber escrito más de veinte libretos, Salvador era un novelista muy pobre. La fatalidad sin medida de tiempo. En su país había un gran porcentaje de analfabetas y los derechos de autor apenas le alcanzaban para comprarse algún par de zapatos. El derrotero de existir.

Para sobrevivir trabajaba de secretario en un Juzgado de Tercer Instancia. El, decididamente, no entraba en el repartimiento.

Decidió escribir su última novela. Una desesperada autobiografía con un final de fábula. Un tiempo feliz. El protagonista, finalmente, era conducido al reino de los elegidos. La fama se posaba sobre sus hombros como una hermosa guacamaya. Los cometas plateando. El cielo sin nubes. Victorioso en el baile de las hadas.

Concluyó la novela, dedicándole toda la noche. Un tiempo sin consciencia. En la mañana siguiente, se quedó dormido. El precio de la osadía. Llegó tarde a la oficina y lo despidieron. No pudo escribir nada más.



Los siameses

Javier y Jonás eran dos hermosos siameses separados en el tiempo y espacio. Sin embargo, un hilo algodonoso y sensible los unía constantemente. La vida no se escoge.

Cada quién siguió su río. Javier, el más serio, tomó el camino del trabajo y del agua reposada. Jonás, en cambio, adoptó la vida de los pájaros turbulentos. Pero nunca se rompió el canto que los unía.

Cuando Javier paseaba por un parque, a Jonás se le llenaba el cuarto de flores y de pájaros. Una comunicación sin lágrimas.

Cuando Jonás hacía el amor con una amiga, Javier experimentaba una sensación de liviandad feliz al tiempo que todos los ríos bajaban por su cuerpo.

Cierta vez, Javier estuvo a punto de ser asaltado pero, momentos antes, Jonás se lo advirtió. Un lenguaje por un desierto cubierto de vómito.

Ellos eran un libro abierto, la hierba alta, un caballo de barba entera, los peces, la música, el amor.

Cuando Jonás decidió suicidarse, Javier se sentó frente al mar
y no se lo permitió. La dimensión de la sangre.



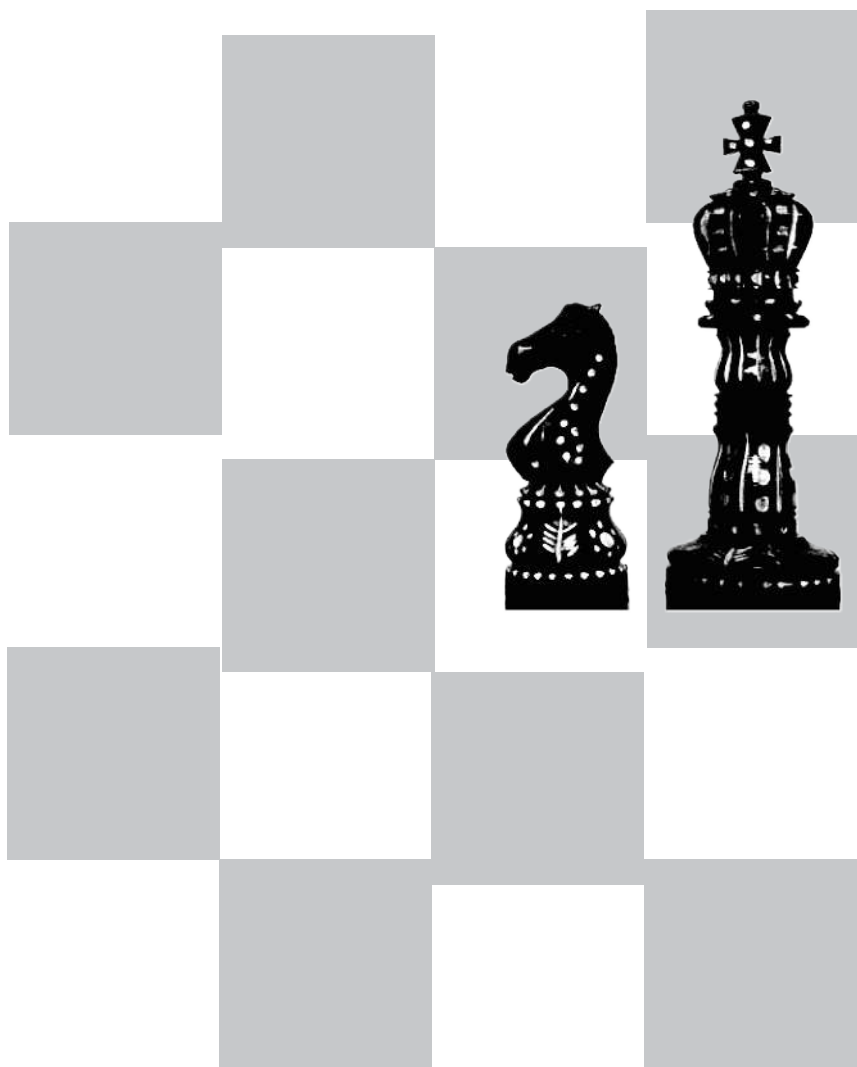
El partido de ajedrez

Truzman era un gran Maestro Internacional de Ajedrez. Una conciencia fría. Poseía una mente acerada, sin resoluciones. Un perfecto control cibernético. La superficie de la soberanía.

Llegó a dominar una gama tan extensa de variantes que se volvió imbatible. Ganaba hasta de espaldas. Ya nadie le competía el Campeonato Mundial de Grandes Maestros. Quedó solo frente al altar, con la espada en alto. Ninguna víctima, ninguna canción. Solamente el triunfo en estado de alerta.

Decidió, entonces, encerrarse a jugar con él mismo. Dragón contra dragón. Montaña sobre montaña. Un tiempo indefinido frente a las adversidades del juego.

Cuando murió, a los 325 años, aún no había concluido el partido. La dimensión incalculable de la intensidad interior.



Imaginativa

Era una muchacha muy linda con una desbordada imaginación. Soñaba situaciones increíbles y las vivía con fuerza y autenticidad. Siempre estaba dispuesta a cualquier osadía.

Un día, se creía árbol y empezaba a crecer buscando el sol. Sus brazos se ponían resistentes, se cubrían de hojas y los pájaros hacían sus nidos sobre su cabeza. Una felicidad inalcanzable.

Otra vez, se imaginó que era una bella casa y abrió todas las puertas y ventanas. ¿Quién desataba esa fuerza? Los pájaros entraban por el balcón, los vecinos bailaban en el salón y los muchachos se comían los dulces en el comedor.

Ella tocaba la flauta, el cuerpo como una gran orquesta.

Un día se sintió correr como un río, bajando entre las grandes piedras mientras los peces le rozaban el vientre. La felicidad más allá de la piel.

Moverse como una flor, abrir los pétalos e inundar el cuarto de perfume, todo marcado por su risa.

Cuando se cansaba de un objeto estático, salía corriendo como un lagarto, riéndose por los caminos de su pueblo.

Era una hermosa muchacha que alzaba el telón como el mejor comediante.



Pluma linda

Le gustaba adornarse todo el cuerpo con las plumas de diferentes tamaños y colores. Vivía recorriendo los gallineros y silbando bajo los árboles. El aire bailaba sobre su cuerpo. Parecía una extraña ave extraviada entre los hombres. Lo llamaban “Pluma Linda” y caminaba serpenteando el viento. Una pasión sin grietas.

Los preparativos para las fiestas patronales estaban en su apogeo: Bambalinas, kioscos, juegos de azar, música, visita del obispo, comida, aguardiente. Todas las ventanas abiertas a la música.

Ese día, aparecieron desplumados casi todos los gallos, patos, gallinas y pavos de los corrales. La carne a solas. Todos pensaron inmediatamente en “Pluma Linda”. La furia hizo el resto. Una turba se armó de palos y machetes y salió en su búsqueda.

Lo encontraron bailando bajo el samán de Agua Blanca. Estaba completamente transformado. Un vaporoso velo de plumas multiplicadores lo cubría casi totalmente. Sus gestos parecían desvanecerse, transparentándolo.

La muchedumbre se le vino encima con los garrotes en alto.
La venganza como una tumba. “Pluma Linda” no tuvo más
remedio que abrir las alas y huir volando por sobre el samán.
Una fiesta de colores.



Igualito

- Acuérdate de la vitamina y el aceite de ricino.
- No me olvido.
- Úntalo con aceite de verraco y esperma de burro.
- Está bien.

Pasó un año de unturas y ensalmes.

- ¿No te ha crecido?
- Nada.
- ¿Ni le han salido pelitos?
- Nada.
- Hay que prenderle tres velas al Negro Felipe.
- Está bien.
- Y embadurnarlo todas las noches con huevas de tintorera mezcladas con polvillo de cresta de gallo.

Y pasó otro año andando por las paredes y atravesando iglesias.

- ¿Sigue del mismo tamaño?
- Del mismo.
- ¿y no le han salido pelos?
- No le han salido.

—¡Ah, compadre! A usted lo engañaron. Ese perro debe ser un Chihuahua.



Otra

Imploró a todos los santos para que le devolvieran a su mujer, la inolvidable Lucrecia: Un ser hecho de miel y de agua clara. Le prendió velas a todos los espíritus del retorno. Se sentía abandonado, sin apoyo, lleno de fisuras en el cuerpo.

Lucrecia preparaba los platos más exquisitos. La limpieza en la mirada. Sus besos y sus caricias eran la luz y la azucena y el vino y el roce dulce y eterno de la noche.

Nuestro hombre, en el éxtasis de la desesperación, participó en todas las peregrinaciones en donde se ilumina el camino de regreso de las almas. No faltaban las oraciones, la lectura del tabaco, los rituales profanos, todo lo hizo para que volviera a su lado la bien amada Lucrecia. Era cicatriz tan cerca de la sed.

Finalmente, viendo que no regresaba, se buscó otra. Cerrar los ojos, a veces, hace bien.



Los gemelos

Jani y Joni eran dos actores gemelos. El parecido entre ambos era tal, que podrían sustituirse en diferentes papeles y nadie lo notara. La fuente perfecta: Agua sobre agua.

En este montaje iban a actuar juntos pues se trataba de una comedia de equivocaciones donde dos gemelos extraviados, eran objeto de toda una serie de equívocos, debido a su asombroso parecido. La verdad y la ficción en un mismo jardín. Dos cartas sobre el escenario. Se robaron la casa en la foto.

Un día, el director de la obra decidió jugarles una broma. Al final de la pieza, antes que los gemelos finalmente se hallen frente a frente y se resuelvan todos los equívocos, el director los hizo entrar en una sala de múltiples espejos. Un templo sin huellas, voces y máscaras. Suspendidos en el aire. Jani y Joni se extraviaron frente a esa multitud de imágenes semejantes. Toman una foto, un espejo, una ventana donde él mismo se asoma. Y no hay grito ni saliva que los identifique, nada.

Cerca de la demencia, perdieron toda posibilidad de reconocerse.



Un árbol buscando un cielo inalcanzable

Frente a sus ojos, la planicie. En su centro, un árbol inmenso y majestuoso. Una pirámide de hojas como una casa.

A lo lejos, se insinúa la tormenta. Se siente como una pasión de violencia, de agua, de ráfagas y rayos. Pronto, está sobre mi cabeza apoyada al árbol. Tantos ojos inalcanzables.

Qué lejos está el mundo del asfalto, los edificios y los carros. Este es un día inicial, la casa abierta, la gente aplastada, los pies deslizándose sobre la hierba y las hojas.

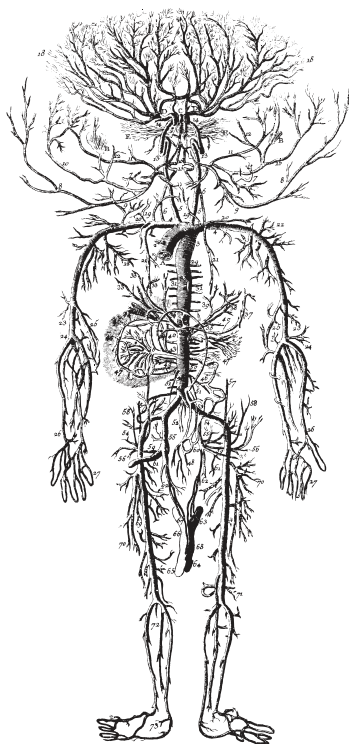
Pero ya la tormenta arrecia. Suelta luces y traga tierra. La camisa quedó en el suelo. En cada embestida furiosa se doblan las ramas más frágiles. La lluvia baja ahora como una cascada. Un riachuelo como una mano fría sobre mi cuello. Silba el diablo en los oídos.

El árbol parece elevarse, se aferra a su fuerza milenaria, sus pies buscando el centro de la tierra. Esperan para salvarse.

Recostado de su cuerpo, es fácil permanecer en la tranquilidad de su presencia, en el brillo de sus ojos asomados a su pequeña ciudad verdosa.

Cuando la tormenta levanta la voz, el músculo se tiende como un arco. No se ven las marcas de los gritos. Es una armonía perfecta en el vaivén de sus ramas y sus imprecaciones. Ese hablar sin palabras.

Poco a poco, la furia percibe el cansancio de su violencia. El cielo abre las puertas. La cortina de agua se aclara y asciende. El coloso se seca la frente. El amor se asoma en el brillo de su pecho. Feliz, sin cortinas, desnudo, la tierra entre los dedos, los abrazos de un vencedor.



Círculo de carbón

Había aceptado el reto y, aunque la situación le parecía ridícula, un vago temor ante lo imprevisible le impedía negarse. Hay una zona mágica de la que es difícil burlarse. Se mantuvo, por lo tanto, inmóvil y desnudo, en el medio de ese pequeño círculo de carbón que la vieja había dibujado en el suelo, a su alrededor. La fe lo borra todo.

—Si traspasas el círculo, pisas el terreno de la muerte.

Al cabo de varias horas, el cansancio lo obligó a sentarse. El temor se sostenía frágilmente adherido al silencio. Tomó todas las precauciones para mantenerse dentro del círculo. La imaginación lo borra todo. ¿Hasta cuándo duraría la prueba? ¿Con qué voz se manifestarían las fuerzas conjuradas? ¿Y si todo eso era una farsa, palabras vacías?.

Una neblina dilatada se posó sobre su piel. Se sintió rodeado de falsos fantasmas pero no se atrevía a desafiarlos. No importa si es una mentira, vívela. Llegó la noche, se acentuó. El cansancio y el sueño lo invadieron lentamente. Una tierra muda lo rodeaba.

En la mañana, lo encontraron largo a largo, aplastando la raya del círculo y profundamente dormido.



La medusa de mis sueños

Es difícil situarse sobre la tierra. Los astros se dispersan en el viento. Vivir es un cambio de suerte. Uno significa tan poco. El agua es la caricia de la desnudez natural. El espacio del reposo. Las grandes mareas del corazón humano.

Busco la orilla, el límite, la imagen del pájaro que huye. En el fondo, es un itinerario absurdo. El paisaje se transforma en la prolongación de los sentimientos. Sentirse tan pequeño, casi como un fugitivo.

La piel de mi padre me sigue cubriendo aún después de muerto. El calor de amar. De niño, a escondidas, me llevaba al mar, hasta una cabaña donde se oían rumores y las olas entraban y salían y se llevaban mis zapatos. La risa y la sorpresa.

Mis pies muy pequeños y blancos quedaron atrapados entre las algas. Ese temblor temporal. El agua siguió subiendo y mi cuerpecito transparente siguió el vaivén de las olas como una medusa iridiscente.



Dios creó a la mujer

De la costilla de un hombre, hizo una diosa, fuego y miel. Una risa interminable.

La Reina Ionice de Lukson era experta en purificación de veneno de áspid (Enviudó ciento catorce veces). Te la doy por mujer y jardín. Ella te ha de traer cosechas y risas inocentes. La felicidad en la tierra.

Dalila solamente necesitó de unos certeros tijeretazos. La pasión en la caballera revuelta. Te dará calor bajo la lluvia y apaciguará los furores de la sangre. Los deseos más dulces.

Lucrecia Barcia dejaba escapar un pequeño suspiro entrecortado, cada vez que el cuerpo de uno de sus amantes se estrellaba desde lo alto de la torre. Las ventanas estaban limpias. En los años de la senectud, siempre encontraría la mano de un cuerpo amado.

Miss Virginia Strantfond llegó a dominar la dosis perfecta de arsénico, para que la autopsia concluyera en que se trataba de un infarto del miocardio. Una función perfecta. Izar las velas del sueño.

- ¡Mi amor, despierta! Te traje tu cafecito.



Divino dinero

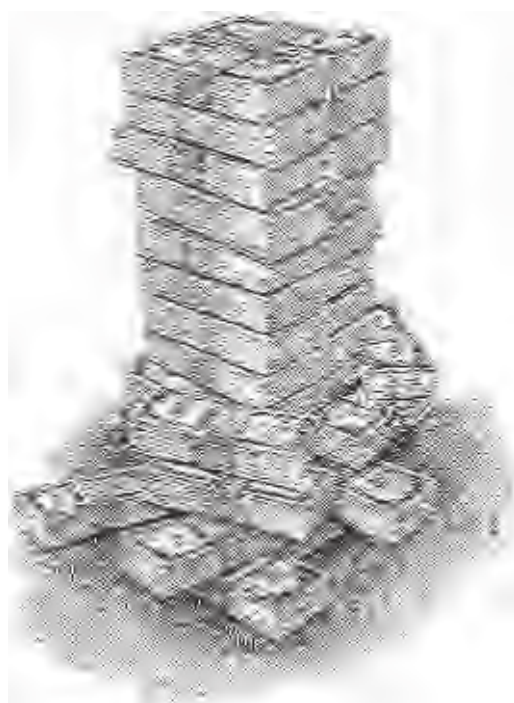
De familia judía, la codicia por el dinero fue un dulce veneno que nunca desamparó a Alberto. El brillo, siempre el brillo. En la escuela vendía sus útiles y los de sus compañeros. Más adelante, empezó a vender los utensilios y muebles de la casa. Era una fiebre de monedas en la mano. El dinero contra el viento.

En el negocio, vendía los rollos de tela a escondidas. Era como andar por las paredes. La astucia se volvió inexpresable. Vendía los automóviles que estaban estacionados en la acera. El dinero se volvió un sombra, otro yo. Cobraba cheques que él mismo fabricaba. Vendía apartamentos de edificios que no existían. Pedía préstamos con una insistencia soberbia. Terminó fundando un banco. No existía el mal tiempo.

Cansado y viejo, en su gran cópula dorada, se le presentó un ángel que dijo:

—Alberto, has pecado mucho. Pero aún es tiempo. ¿Por qué no te arrepentiste?

—¿Cuánto me das, si lo hago?



Adivino

Aquel hombre tenía la rara facultad de adivinar todos los hechos pasados, presentes y futuros, de los hombres, los animales y las cosas. Un oráculo natural dando paso a los ríos y a los volcanes.

Hileras interminables de visitantes llegaban hasta su puerta en solicitud de su clarividencia. Las campanas y las profecías. El imperio de la luz sobre la sombra.

Un buen día, llegó hasta su casa un famoso asesino. La crueldad y el poder en ejercicio. El adivino le expuso una larga lista de sus víctimas pasadas, pero no alcanzó a articular su propio nombre en el inicio de la lista del presente. La muerte en la punta de los dedos.



“*El Nacimiento de Venus*”

Los gritos y los pujos de aquella pobre señora casi rompían los postigos y los vidrios del cuarto. Una noche de relámpagos.

La comadrona había agotado todas sus artes terrenales y mágicas. Flores y peñasco danzando en el aire.

Aquella amenazadora barriga permanecía incolumne en el medio de la cama. La luna y la montaña en la edad de la tierra.

Era una niña que estaba a punto de nacer. Algo excepcional, realmente la expresión más acabada de la vanidad. Un sello marcado por la sangre.

La niña sabía que Botticelli la estaba esperado para pintarla como el *Nacimiento de Venus*. Por eso quería salir con su concha marina y su pelo largo. La virginidad de una belleza ascendente en el tiempo.



Happening

Sobre el escenario, a lo largo de toda la representación, entre y sale una mujer que se va colgando encima un sinfín de objetos y artefactos. Recorre todas las orillas. Las piedras y la vida.

En cada entrada hay más cosas amontonadas o colgando de su cuerpo y miembros (Refrescos, ollas, cajas de cigarrillos, un radio, juguetes, artefactos eléctricos, sombreros, correas, desodorante, botellas de aguardiente, zapatos, franelas, revistas, un reloj de pared, rollos de papel toilette, jabones, un taburete, un morrocoy, etc. Casi todos están en el estado, como basura, cosas remotas, inclinadas para desaparecer.

En el centro del escenario, hay un banco y sobre él, está sentado un personaje muy elegantemente vestido. Una especie de ausencia en blanco. Está leyendo un libro. No se oye ninguna palabra. Es un hombre de corazón oscuro.

En su última entrada, la mujer casi ha desaparecido bajo esa montaña de objetos, conservas y comida. Se mueve lentamente. Se acerca al banco. Es un cerro de basura desplazándose con inseguridad. Llega a la parte trasera del banco donde está sentado el hombre leyendo. Un cierto temblor recorre el escenario.

Bruscamente, la mujer se inclina y la montaña de corotos y la basura sepulta al hombre elegante. El aire deja de decir cosas.

La montaña de corotos se desplaza lentamente, prende luces, hace ruidos, suelta frases, es una avalancha amenazante. Una peligrosa tela de araña.

La mujer, ahora, se adelanta, aligerada y sonriente. Se limpia, se quita la ropa, se mantiene quieta para la foto y luego sale.



El vivo

Vicente era uno de esos raros individuos que fatalmente se han trazado el destino de vivir a costa de los demás. El escaparate lleno de regalos. Sin embargo, aspiraba subir todos los escaños de la pirámide humana, sin abandonar el carrusel de una fiesta continua.

El diablo comprendió que Vicente era cliente perfecto. Un círculo sin espejo donde mirarse. En una tarde de exacerbada megalomanía, le propuso el consabido trueque: La riqueza y el poder a cambio de su alma (Por lo visto es la única mercancía que el Diablo colecciona). Escribieron un contrato sobre las nubes. El plan quedó cerrado para siempre.

A Vicente el intercambio le prendió el semáforo y, feliz, estampó su hermosa firma al pie del contrato, mientras una doble risotada se derramaba en todas direcciones.

Al poco tiempo, Vicente era el político más poderoso tras el Presidente, el financista más acaudalado y el hombre de poder más temido en el país. La sangre regando los campos y las industrias. Sus manos abrían todas las puertas. Sus negocios se volvían esféricos y dorados. Su voz cerraba impecablemente los más complicados intersticios legales. La astucia era una

amplia avenida que moría a sus pies. Hasta supo conquistar la belleza.

Su refinamiento para el engaño se hizo exquisito. Dominó tan minuciosamente la falacia de los adversarios, que encontró la forma de no cumplirle la promesa al Diablo.



Ismael

La lealtad siempre para derrotar la muerte. Ismael nos había llamado. Fue como un vuelo de hojarasca. El jugador lanzó las cartas. Traté de asomarme por encima de su hombro pero los naipes ya estaban sobre el fuego.

Alguien tomó la guitarra y se oyó la voz del Rey de espadas que nos llamaba. No era momento para dudas. Yo le ofrecí una taza de café. Mi ojo sonreía en el brillo de la cucharilla.

Entonces, el sacó un poema del fondo del bolsillo. La urgencia a veces, pues no era momento para las palabras. La lluvia era un caballo acostado sobre la hierba. Los recuerdos tienen la edad de los murciélagos. Ambos nos colocamos en la puerta de la casa.

El pájaro de la fotografía atravesó la pared. Las cartas se dispersaron en el aire. Era el momento de las decisiones. No sabía que caballo montar para alcanzar la voz de Ismael.

Salimos con el cuerpo en los ojos. Cruzamos el río y subimos la montaña. La túnica colgada del cuello. Abrir los ojos hacía daño. En el aire de la montaña se ocultaba una leyenda. Traspasando el orgullo de las piedras.



Última foto

Un día, Pedro tuvo el presentimiento de que uno de sus mejores amigos se iba a morir. Las noches tristes de Mayo. Quiso tener una fotografía suya, como último recuerdo, y con un pretexto cualquiera se la tomó. La función había comenzado.

Así le fue sucediendo con diversos familiares y amistades a las que fue retratando una a una. El dolor marcado en un desfile de diversos afectos. La angustia sin ventana.

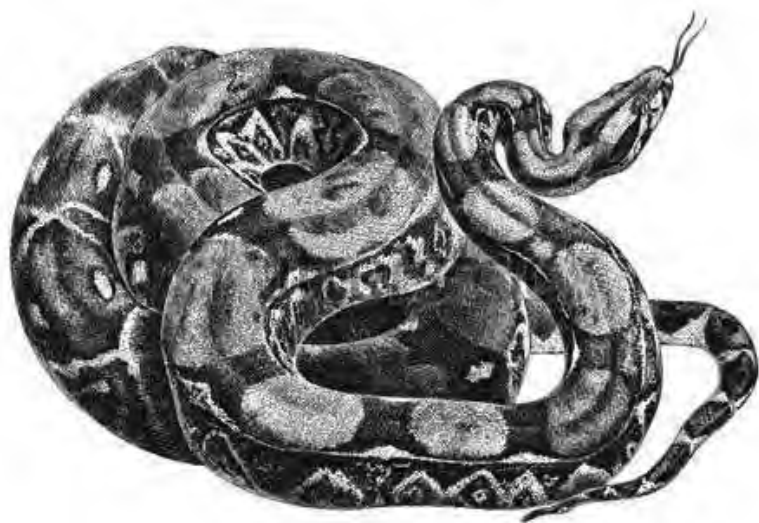
A ningún familiar o amigo de Pedro le quedó una fotografía suya. Noche sin luna.



La boa

Era una mujer de reptante sensualidad. Los desvelos de la piel. Un río de algas. Se enrollada al cuerpo de su marido y hacía el amor retorciéndole los brazos y piernas hasta alcanzar un clímax cercano a la asfixia. Un volcán de manzanas abriendo la tierra.

Cuando la boa del circo se escapó y se introdujo en su cama, al marido le pareció que su mujer estaba más viscosa que nunca, pero no dijo nada. Los jardines también se acostumbran al frío. Llegó al clímax sin darse cuenta de la equivocación.



El jardinero

Domingo era un viejo jardinero que vivía en el centro de las flores, en la orilla misma de un ciclo de árboles y de agua cantarina. Todos los gestos satisfechos. Los dedos hacía el sol, los pies sobre los frutos más tiernos. Una vida de pájaro y de luz cruzándole los ojos.

A los ochenta años, se le quiso jubilar pero Domingo se negó rotundamente. Su existencia era ya un espacio indisoluble de ese nido palpitante de verdes, su escudo, su protección.

Siguió recortando la grama, cuidando las dalias y los geranios, recogiendo las frutas. Todos los afluentes de su vida bajaban hacía el hermoso jardín. El deseo siempre renovado.

A los ciento treinta y siete años, cuando finalmente lo interceptó la muerte, tomó una bolsa de semillas para seguir sembrando flores bajo la tierra. La vida regada en la profundidad de los campos.



El cementerio

Era el hombre más temido en el pueblo, una presencia que apagaba las voces y las risas. Tenía un famoso cuchillo automático que nadie sentía cuando le hurgaba las entrañas. Una clase silenciosa de muerte.

Con el revólver había dejado muchas sombras tendidas en las callejuelas. No faltaban las voces de la venganza. Entonces usaba una escopeta de repetición que el mismo había recordado, para ampliar su radio de acción. Era una sombra feroz sobre el pueblo. Nadie sabía la hora de morir.

Como era un hombre muy religioso, a ninguno de sus muertos lo dejó sin sepultura. El cielo obliga. Lo montaba en su carreta y se lo llevaba rumbo a la cordillera. La plegaria sobre el caballo. Nadie en el pueblo tuvo la curiosidad ni el valor de averiguar a donde se lo llevaba. Una fiesta triste.

Durante el terremoto de 1812, el pueblo se hundió en su totalidad. No quedó el menor vestigio de su angustiosa existencia. Desapareció de la historia de los hombres y del planeta.

Tres siglos después, varios antropólogos recorrieron la región y descubrieron un extraño cementerio sobre una pequeña me-

seta, enclavada entre las montañas. Las investigaciones, alrededor del curioso hallazgo, duraron varios años. Un largo tiempo de excavaciones y de interrogantes. La duda sobre todas las grietas.

Finalmente se dieron por vencidos pues no encontraron ninguna huella de ese pueblo salvaje en donde nadie moría de muerte natural. Un cuchillo o un revolver al pie de la tumba.



Solo

El amor de esa mujer fue una sombra obsesionante. Quiso alcanzar las estrellas, sin saber nada. Era un perfume de locura.

Ya no me caben las cenizas en la memoria. Sus ojos permanecían flotando alrededor de mi vida. Se hizo obelisco para mirar el cielo. La bestia que nos recorre.

Tarde diez años en lograr mi cometido. Una hoguera por dentro. Es tan fácil caer. Finalmente, me dejó solo las piedras inmutables.



Parecidos

Es de todo conocido el atractivo que ejercen sobre una pareja, ciertos detalles físicos que les son comunes. Los gustos rompen la piel: una misma nariz de hueso prominente, grandes pestañas deshilachadas, una boca lustrosa de gruesos labios, la hilera de dientes deslumbrantes. En fin, cualquier detalle duplicado en los ojos de la pareja. Los escondites de la egolatría. El cuerpo duplicado.

Ella, por ejemplo encontró rasgos de una rara belleza en su aspecto simiesco. La sangre y su rebeldía.

El, de igual manera, quedó atrapado en ese cuerpo cubierto de vellos relucientes. El misterio de los deseos carnales.

Pasaron la luna de miel en una de las mejores jaulas del zoológico de las delicias. Todas ilusiones cumplidas.



Lorenza

Lorenza era la mujer más destacada del pueblo. Las ventanas gran abiertas. Su misteriosa muerte conmovió a todos. ¿Se había suicidado? ¿La habían matado? Qué motivos existían para uno u otro caso. Un desvarió de torpezas.

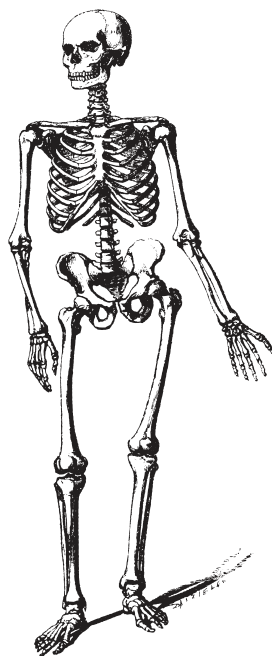
Corrieron los rumores. La saliva se desliza. Los familiares formaron su bando. El marido, el suyo. Los abogados se encerraron en sus bibliotecas, inventando caminos. Los jueces consultaron hasta con los brujos. Los ensalmos inalcanzables.

El caso duro años y años. La dureza de la existencia. Hubo pleitos judiciales, asaltos, crímenes, divorcios, de todo hubo en ese caso. Tarea inconclusa.

Finalmente, después de mucho tiempo, decidieron dilucidar el dilema con una visión directa del cuerpo de Lorenza. Los años deprimen.

El ataúd se deshizo en un fino polvo de madera pero adentro no había absolutamente nada. Un tiempo sin huesos.

Los enemigos tuvieron que reconciliarse. Los divorciados se casaron de nuevo. Se asentaron los deseos. Solamente los muertos se quedaron donde estaban. Compañeros de infortunio.



La hija del jardinero

Domingo Fernández era un excelente jardinero. Sus manos de agua mantenían resplandeciente ese templo de hojas y los colores. Un sueño casi inalcanzable.

A su hija le brotaban flores por todo el cuerpo. Un sueño en la copa de los árboles.

Cuando vino la invasión renegrida de bachacos, el jardín quedó totalmente arrasado. Un mundo perdido en lágrimas.

Domingo Fernández se dedicó entonces a la agricultura. La tierra le abrió su corazón. Desde los surcos dormidos, surgió un mundo de verdes y frutales. Un temblor ante tanta felicidad.

Su hija parecía una pequeña y rebosante parcela de hortalizas. El murmullo y la caricia del viento sobre su cuerpo.

Cuando ocurrió la terrible sequía de aquel fatídico noviembre, todas sus cosechas se perdieron. La tierra se fue entre los dientes, un estremecimiento. Domingo Fernández consiguió, entonces, un extraño trabajo: El de sepulturero. Los cubiertos de la muerte.

Para ese momento, ya su hija había aprendido a tener hijos. La iluminación por dentro.



Un fantasma

En una oportunidad, no estoy muy seguro si no fue un sueño o una alucinación, entré en una vieja casa colonial, la de mis recuerdos. Dulce territorio del amor. Allí me encontré con viejos recuerdos, juguetes, amigos de varias edades. Todos los brazos abiertos.

También estaba mi padre y sus amigos. Todo ocurría en varias edades, como una película de ciencia ficción. Un salto festivo.

Me presentaron parientes que ya habían muerto. Me hablaron de recuerdos que nunca sucedieron. Un asalto a la imaginación.

Mi mamá nos traía café y luego salía volando. El retorno de la bondad.

Yo me asomaba por la rendija de la puerta para ver a mi padre con sus camaradas discutiendo de política. Olfateando ese extraño lenguaje.

Y así conviví en varios planos de tiempo. Ese existir con frenesí. Me sentía como un fantasma.



El profesor

La verdad es que no me puedo quejar, veinte alumno a 500 cada uno, son 10.000 bolívars. ¡Qué mantequilla! Conseguí la cuota especial del carro con un simple cursillo de una semana. En esta vida hay que buscar el árbol que da sombra, yo no me la voy a calar como mis colegas, una tanda de bolsas, todo el día zampado en el liceo, pendiente del programa, jalándole bolas al director y andando en unos pobres carros. ¡Qué ya!

Lo mío es hacer dinero y colocarme al lado del alcalde, del que está mandando. Y si hace falta carnet, aquí está: Del color que más me guste. El arcoíris de la suerte, y los resultados están a la vista: dos años de graduado y ya tengo mi tiempo completo, clases particulares, mi apartamento, mi tronco de carro, carajitas, las puertas, sin hablar del prestigio de mi especialidad: MATEMÁTICAS.

Aquí hago lo que me da la gana, el diablo anda solo. Y con las matemáticas modernas todo el mundo anda enredado, los alumnos, los representantes, entonces me sobran argumentos: Los muchachos vienen mal preparados desde la primaria, los programas de educación, el Ministerio. Entonces es normal que el número de aplazados sea tan alto. Lo que saben es que

ya tengo todo calculado: Mis 45 alumnos, raspo 30, les ofrezco mi curso intensivo particular. Sus padres no son bolsas, el profesor de cátedra ofrece un curso especial para reparar. Ellos se imaginarán que yo necesito hacerme una entradita extra, pero saben también que con esos 500 bolos aseguran que su hijo va a pasar la materia. Ellos no quieren que pierda tiempo, entonces caen sin decir nada. Bueno de 30, cayeron 20, es un buen promedio levanté 10.000 bolívares fuertes, mi buena paquita, aquí en el bolsillo, la cuota especial del carro, mañana meto mis reales en el banco. Final de fotografía.



Mujer

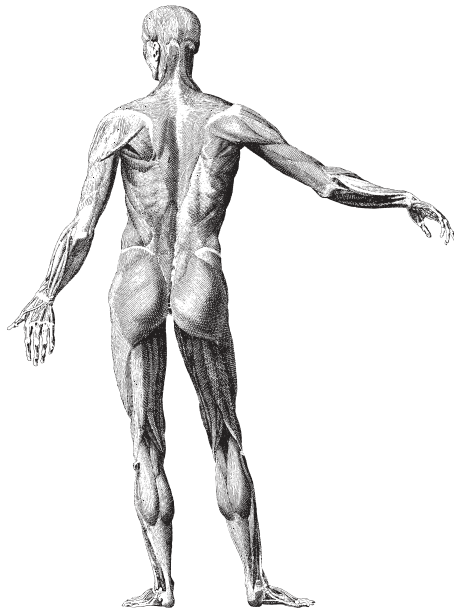
Marta era una mejer que llamaba la atención. Esa mirada y el encierro. Vivía sola en una gran casa colonial, a la salida del pueblo. La naturaleza y su extraña fuerza.

Nunca se le conoció novio. Ninguna tentación. No frecuentará fiestas ni actos sociales. La sobriedad de un caballo.

Le gustaba vestir con camisas de trabajo y pantalones de kaki. Sus gestos eran rudos y su voz áspera. La tierra sobre los labios.

Frecuentemente la acompañaban mujeres jóvenes. Claro está, en el pueblo le tejieron su buena fama de machorra. Se bañaba con la lluvia.

Cuando tuvo el accidente, la llevaron al hospital. Allí la desnudaron y resultó que no era una mujer: Era un hombre. La naturaleza al revés.

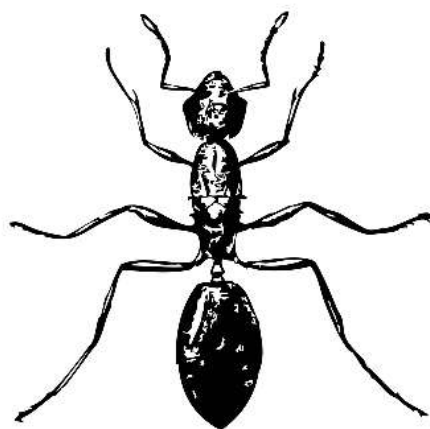


El zorro

Ese zorro había hecho un curso de magia y se podía transformar en cualquier otro animal. La astucia en el corazón del monte. Una fiera dentro de una botella.

Disfrazado de pájaro, le robaba la comida al mismo rey de la selva. Para asustar a su enemiga, la hiena, la embestía en el medio de un trueno polvoriento, transformado en rinoceronte. Un bosque de gritos y de risa.

Una vez se encontró frente a frente con el temible tigre de bengala. La sorpresa es una pesada cadena. El tigre rápidamente le dio un zarpazo y abrió esta enorme cueva dentada, dispuesto a engullirlo. La luz, a última hora, abrió un huequito y el zorro alcanzó a transformarse en hormiga. Pequeña huida apresuraba bajo la hierba. Pero en ese momento pasó un elefante y lo pisó.



Anormal

—Ese muchacho como que es medio raro, no sé, no es como nosotros hijos. No le gusta llenarse de tierra. No se pone corbata, casi no va a fiestas y se la pasa hablando mal de la televisión. Uno no sabe de dónde saca esas ideas.

Tiene ese cuarto lleno de libros y de retratos de unos barbudos que uno no sabe quiénes son. Yo no sé, pero casi no se le entiende, sus explicaciones son muy complicadas, no sé de dónde las saca, loqueras de él.

Cuando vamos a la playa, no le gusta oír radio, ni jugar dominó. Se queda viendo las gaviotas y los alcatraces durante horas. Tan dulce el verano pero él. El mar nada más.

Mi otro hijo, Rafael, es un entendido en modelos de carro, pero a este no le interesa nada de eso. Anda en bicicleta.

Los otros, no es por nada, ya son unos hombrechitos, el reloj a la hora, hasta fuman y echan el palo. Este vive escribiendo y pintando cosas raras. Lo siento alejado, como una araña. Con tal de que no me vaya a salir medio anormal. Uno no sabe las vueltas q' da la culebra.



Cobranza

Manuel era un hombre con una vida entregada a las deudas, los pagarés y los cobradores. Era un hombre enloquecido por los brillos del consumo y del azar. El mundo parecía terminar en una compra. Una angustia creciente lo mantenía en el borde mismo de la desgracia. Un tiempo sin mañana.

Estaba atrasado en las mensualidades del apartamento. Debía el carro, el último flux, la cocina eléctrica, el bar de madera pulida, los cojines de la sala, el aire acondicionado. Hablaba, pedía pero ya sus palabras eran puras ruinas.

El sueldo se a volatizaba. Había agotado las posibilidades de fianza con parientes y amigos. Todas las puertas se cerraban. La ruina instalada como constante.

Los acreedores, en cambio, rompían timbres y tinieblas para buscarlo, día y noche. Era una presencia implacable y tempestuosa.

En un momento, cercano a la locura, Manuel decidió encerrarse y no abrir más la puerta. Vivir rodeado de un sueño confort. Entonces tocaron, golpearon, insultaron, día tras día, noche tras noche. Todos los llamados como un clavo sobre la frente.

Finalmente, dejaron una nota bajo la puerta: su madre había fallecido.

- Menos mal, yo creía que era un cobrador.



Finalmente

El hombre ha sido un luchador incansable para vencer los inexplicables engranajes de la naturaleza. Cercenar las cuerdas. Ha librado batallas titánicas para construir su propia historia sobre la tierra. El ímpetu de sus emociones. Su iracundia ha galopado el tiempo de su especie. Su intelecto ha sido un fantasma inabarcable en busca de la eternidad. Galería sin dimensión.

Entre sus manos ha nacido el fuego, el curarse, la pólvora, los zapatos, el perfume, las pastillas contra el insomnio, el teléfono, la ametralladora Thomson, los insecticidas, los tanques anfibios, los alimentos envasados, la bomba atómica, la televisión, los supe bloques, la computadora, los repelentes para los insectos, la cibernética, el napalm, el automóvil eléctrico, la solomatagente, etc. La materia de la sorpresa y del pánico. Un inmenso campo del golf redoblando campanas a su ingenio y sabiduría. La gran fuga a caballo.

En la cúspide de ese incontrolable baile magnético, el hombre ha llegado al borde de todos los límites y las audacias. Itinerario sin tiempo ni reposo. Lograr finalmente: acabar con la vida sobre el planeta. El territorio de la desnudez.



Vendome

Este es un pueblo grisáceo, no una ciudad. Antes tenía un resplandor que enceguecía. Los jardines brillaban por sus colores. Las calles eran grandes avenidas abiertas al cielo. Los ojos se iban tras del sol.

Los edificios, yo me acuerdo, se abrían sobre hermosos balcones. Las muchachas se asomaban. La vida corría por las aceras.

Y los puentes no eran esas lagartijas de piedra mohosa. Eran amplios y rumorosos con sus voces sobrevolando el amplio río. Y los pájaros saltaban en las ramas de los grandes árboles, no estos troncos silenciosos.

—Es el mismo pueblo —le contesto el anciano. Son tus ojos los que han cambiado.

—Debes tener razón —replicó el adulto. El tiempo cambia las fotografías.

Echó una última mirada nostálgica. Sentía un gran silencio. Se dio media vuelta y tomó el tren de regreso.



Maestro Juan

Cerca del río, la hierba es blanda y es agradable caminar descalzo. Suaves los corredores oscuros. Los árboles no pierden su ondulación. Solamente esquivo los insectos que marchan en fila india. Son animalitos que aspiran respeto con sus cuerpecitos endurecidos y sus pinzas al aire. La vida, a veces, es una fila india.

Me senté en un recodo del río y, entonces, vi como bajaba, flotando, un hombre de camisa blanca y pantalones oscuros en su urna. La muerte, a veces, escoge la hora de la siesta. El hombre seguía el curso del río, evitando las ramas y los remolinos. Los peces lo contemplaban con sorpresa. Pensarían que era una extraña embarcación.

El cuerpo siguió su silenciosa travesía, sin alterar en lo más mínimo su equilibrio. El sol alto, los ojos se van. Cuando pasó por el claro de agua fría, lo reconocí. Era el señor Juan, el bodeguero que nos daba caramelos de ñapa. La sorpresa abriendo todas las ventanas.

—¿A dónde va tan solo y tan hinchado, maestro Juan?

—Aquí, mi hijito, siguiendo la corriente.

El río empezó a recorrerse por dentro y sentí que se disolvían todas las preguntas. Un extraño reloj para marcar la hora de la muerte. Seguí mirando el río hasta que el señor Juan fue una simple marcha en la trama de un sueño.



Muy tarde

Una vida dedicada a la sombra de un trabajo gris. Ser un personaje, una máscara. Un largo esfuerzo sin retorno para negocios ajenos. No te reconocen. Es tu refugio.

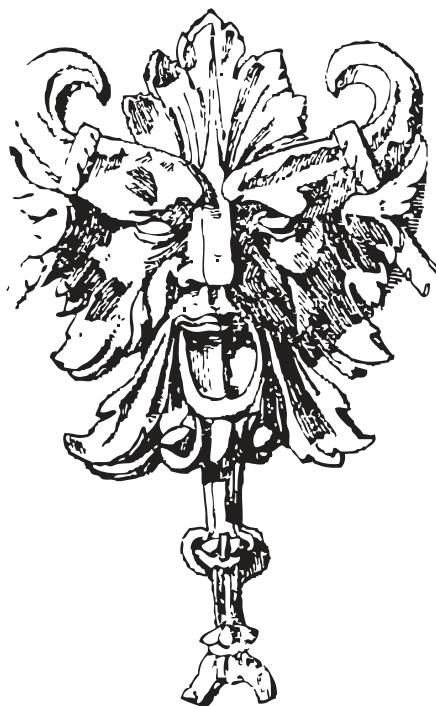
Entonces vino una extraña enfermedad, un túnel poblado de dolores y de locura. No lograba reconocerse, la muerte con su respiración sostenida, detrás de cada pulsación. Rodeado de misterio.

Con gran tenacidad se enfrentó a las sombras, dejó nuevamente entrar el sol y los perfumes. La fuerza invisible de la luz.

Con la recuperación, comprendió la felicidad que juega con la lluvia, entre los árboles, en el mundo de las olas. El viento jugando nuevamente con su cuerpo. Observar un paisaje, él que nunca tuvo tiempo de detenerse. Antes era tan fácil confundirse. Ahora todo era cristalino. En la cima del cielo. La vida era un pájaro, una flor.

Recuperó la canción del agua y de los besos. Estaba dispuesto a emprender una vida nueva. La poesía y el amor.

De pronto, volvieron las sombras y le dio un infarto. El silencio no se mueve.



El abuelo

Todos sabían que el abuelo no era profesor sino bedel, en el liceo. Las ilusiones sin palabras. Pero él creía, en su casa, nadie lo sabía. Era su orgullo. El libro y la vida.

Un día vino un profesor del liceo a buscarlo. Sin ningún miramiento, delante de sus hijos y nietos, lo interpeló y le reclamó un mal trabajo como bedel. A veces, el mundo termina en palabras.

El abuelo estaba muy avergonzado y se encerró en su cuarto. Los sentimientos como la tierra encima.

Al día siguiente, uno de los nietos encontró al abuelo ahorcado en el patio.

—Mamá, el abuelo está ahorcado de la rama de secar ropa.

—Seguro que me ensució las sábanas.

—¿Qué hacemos?

—Qué vamos a hacer: Acostarlo en la cama y decir que le dio un infarto. Tendré que lavar las sábanas de nuevo.

—¿Y la lengua?

—¿Qué pasa con la lengua? La enrollamos y se la metemos en la boca. La desgracia es morir despierto.



Dos y tres

Toda su vida podría resumirse en una obsesionante persecución de la asimetría. Los números pares, las redondeces, las distancias equidistantes, le producían un salvaje descontrol. En cambio, un reino de sol lo invadía frente a los números impares, los ángulos desiguales, las ruinas. El mundo en desnivel.

Ese día se encontró en el extremo de una larguísima calle de adoquines. La sucesión interminable de piedras y de rayas lo tentó. La excitación de un mundo dividido. Un desafío vital. Un abismo para llegar al poniente. Aceptó el reto.

Caminando a saltos laterales, fue llevando una peligrosa cuenta de años: Si caía sobre un número impar, lo ganaba. Tres, cinco, cinco, ganaba tres, cuatro, cinco ganaba dos y parecía uno. Una vez el juego iniciado, el destino no se detuvo en las grietas.

Fueron horas de pasos y saltos, de castigos y deleites: ganaba quince. Una estatua rejuvenecida en el medio de la calle desierta. Cuando empezó a caer la tarde, ganaba veinte. Los tambores. Los premios, las piedras y la vida. De pronto, las piernas le temblaron como dos peces desfallecidos. Cuatro, dos, dos... La tierra encima pero apeló a las fuerzas del toro

de la guerra. El verdugo saltó la cuerda, sin cortinas, desnudos.

Ya entraba la noche cuando presintió el final de la calle y el final del reto. Un cuadro de fondo oscuro con una máscara de plata. Hizo el último esfuerzo, saltó sobre el secreto final: tres, tres, dos, cinco... Encontrarse es perderse.

No vio la señal de peligro. La calle terminaba en una enorme fosa donde se echarían las bases para un moderno supermercado.



Llegó solo

... Con todo el debido respeto, señor obispo, como encargado de la observación me permito informarle de algunos hechos que desbordaban mi jurisdicción y más bien, diría yo, necesitan seguir el río de la Santa Iglesia que usted dirige, porque, no es por nada, el padre Francisco llegó solo y se ganó el cariño de la gente con su sonrisa y su español bien pronunciado, un lenguaje tímido y ajustado.

A todos les gustó el reino de su misa, tiene el corazón dulce el padre Francisco, pero al poco tiempo, sin viajes ni anuncios, ya estaba rodeado de un sin fin de familiares, todos con perfecta gratuidad. Con todo respeto y ajeno a los chismes y a las palabras enredadas, hasta gente de aquí, vaya usted a saber en qué escritura encontró al parentesco: Tías, sobrinas, hermanas, ahijadas y ni un solo varón, un mujerero en esa casa parroquial, de la mano de Dios y del padre Francisco, nosotros creemos en la veracidad de los sacerdotes.

Quiero que mi palabra no lleve a equivocación, eso sería como lanzar piedras contra el techo de la iglesia que todos respetamos. Pero es que todas esas mujeres empezaron a parir sin conocersele marido, esas cosas naturales de la vida pero bajo el corazón de Jesús, una agonía de gritos y peleas.

No sé, mi palabra no es espejo de justicia pero es verdad pura, señor obispo, el tiempo pasando como los inviernos y la Iglesia y la casa parroquial se fue llenando de muchachos de todas las edades, bajo los ojos de los Santos, era como la rebelión de los humildes.

La gente está cerca de la diablura y me perdona, señor obispo, usted sabe más pero las lenguas son como las piedras en el río, suenan donde se asoma el diablo. Aquella situación iba más allá del destino de las almas, desbordada todas las creencias. No hubo más parecido, señor obispo, con todo el cariño que sentimos por el padre Francisco, fue necesario caparlo para aliviar la sangre y que pudiera dedicarse con fundamento a sus labores celestiales.



Indice

Mandonio	5
La praxis	8
Sin tapa	10
Fortex	12
El descenso	14
Suicidios	16
La promesa	18
El león	20
La niña mística	22
La cima	24
Benefactor	26
El premio	28
Los siameses	30
El partido de ajedrez	32
Imaginativa	34
Pluma linda	36
Igualito	38
Otra	40
Los gemelos	42
Un árbol buscando un cieloinalcanzable	44
Circulo de carbón	46

La medusa de mis sueños	48
Dios creó a la mujer	50
Divino dinero	52
Adivino	54
“El Nacimiento de Venus”.....	56
Happening	58
El vivo	60
Ismael	62
Ultima foto.....	64
La boa	66
El jardinero	68
El cementerio	70
Solo	72
Parecidos	74
Lorenza	76
La hija del jardinero	78
Un fantasma	80
El profesor	82
Mujer	84
El zorro	86
Anormal	88
Cobranza	90
Finalmente	92
Vendome	94
Maestro Juan	96
Muy tarde	98
El abuelo	100
Dos y tres	102
Llegó solo	104

Esta edición de 3.000 ejemplares
se imprimió durante el mes de febrero del año 2013,
en los talleres de P&P, Producciones Gráficas,
en Caracas, República Bolivariana de Venezuela

Es médico y cuentista. Utiliza la palabra llana para la mejor comprensión de sus textos. Uno imagina que construye historias para curar el espíritu, que en ocasiones también se enferma y necesita de cuidados intensivos. Utiliza el humor como filoso bisturí, pero lo hace de manera simple, como los médicos de pueblo. Julio Jáuregui nació en los albores del siglo pasado, un 18 de marzo de 1934 en La Victoria, estado Aragua. Egresó con el título de Médico Cirujano de la Universidad de Los Andes, pero fue en la Universidad Central de Venezuela donde se graduó de Licenciado en Letras. Confiesa que su fuerte es la narrativa corta, el cuento, donde se desenvuelve con facilidad y donde ha publicado algunos títulos, como OTRO SOMBRÍO, LOS OJOS DEL ESPEJO, UN MORROCOY BAJO LA LLUVIA y el presente texto, UN CONEJO EL DIVÁN, cuyo título nada tiene que ver con el texto de Lewis Carroll, sino de un chiste que surgió de la lectura en familia, quizás por ello nos topamos con un libro fascinante, donde las imágenes surgen dinámicas, como el movimiento del propio conejo.

FONDO EDITORIAL IPASME



Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME



**DISTRIBUCIÓN
GRATUITA**
PROHIBIDA SU VENTA